COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 460. ¿Cuáles son los deberes de los padres hacia los hijos?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 460 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

¿Cuáles son los deberes de los padres hacia los hijos?

Los padres, partícipes de la paternidad divina, son los primeros responsables de la educación de sus hijos y los primeros anunciadores de la fe. Tienen el deber de amar y de respetar a sus hijos como personas y como hijos de Dios, y proveer, en cuanto sea posible, a sus necesidades materiales y espirituales, eligiendo para ellos una escuela adecuada y ayudándoles con prudentes consejos en la elección de la profesión y del estado de vida; en especial, tienen la misión de educarlos en la fe cristiana.

Bueno, en primer lugar, dicen: *«los padres, partícipes de la paternidad divina».* Un padre es consciente de que sus hijos son de Dios; en última instancia, los hijos son de Dios.

Aquí hubo una famosa anécdota en España, una anécdota de que una ministra, en un momento determinado en el que se estaba propugnando una ley de educación en la que había un **no respeto** de los padres sobre la elección de la educación para sus hijos —un no respeto suficiente—, dijo una famosa frase, Dijo: *«De ninguna de las maneras se puede decir que los hijos son de sus padres».* Claro, fue una frase que obviamente que suscitó un gran escándalo, porque detrás de esa expresión, se estaba escondiendo que en el fondo son del Estado; o sea, ¿es el Estado el dueño de ellos? O claro... pero en realidad, literalmente hablando, lo que decía esa frase es verdad, los hijos no son de los padres, son de Dios. Son de Dios, pero se los ha encomendado a los padres. Se los ha encomendado a los padres, y por eso dice: *«son los primeros educadores».* Los padres son los primeros responsables de la educación de sus hijos; los primeros. No es el Estado el primer responsable de la educación; él tendrá que ayudar de una manera subsidiaria. Los primeros educadores son los padres. Entonces, los padres tienen que tener esa consciencia: *«Estos hijos son de Dios, pero Dios me ha hecho... fíjate qué encomienda me ha dado: estos hijos; y me pide que yo sea expresión de su paternidad, de su providencia hacia ellos».*

Entonces eso supone una gran responsabilidad. Y la gran responsabilidad es la de que mis hijos van a ver, de alguna manera, a Dios en mí. La imagen más cercana, más aproximada, que los hijos van a tener durante mucho tiempo en su vida de cómo es Dios, cómo es Dios Padre, es la paternidad y maternidad de sus padres. Será una dificultad para conocer bien a Dios que los padres distorsionen, por una vida no santa, que distorsionen la imagen, la imagen de Dios. ¡Qué gran responsabilidad! Eso también cabe decirlo de un sacerdote: un sacerdote no santo está creando un problema a sus fieles porque no les ayuda a conocer a Dios, está distorsionando. Él tiene que ser imagen de Jesús, Buen Pastor; si él no es un buen pastor, está dificultando las cosas.

Lo mismo pasa con unos padres, y además pasa con una cierta diferencia: y es que los padres conviven con sus hijos. Y uno, puede comportarse bien delante de los demás un rato, pero convivir de continuo es imposible disimular. Uno no puede estar escenificando una santidad que no tiene cuando está conviviendo 24 horas en una familia. Obviamente, al final le van a acabar conociendo; sabrán sus defectos, sabrán sus miserias... o sea, van a ser patentes porque la convivencia diaria no se puede ocultar nuestra vida.

Luego, en el fondo, la gran aportación que alguien puede hacer para llevar adelante una familia —un padre, una madre— es, el compromiso de su propia santidad. Intentar ser santo, procurar ser santo, para que mis hijos vean en mí el rostro de Dios. Tengamos en cuenta que nuestros hijos no solo nos oyen lo que les decimos: lo ven. Y si a unos hijos les decimos: *«tienes que ir a la catequesis, tienes que ir a misa» ...* bueno, pero tú no vas, o tú si rezas de compromiso, como un lorito, pero no rezas con amor, con sentimiento... y luego, sin embargo, el día que hay un partido de fútbol, pues que el padre es muy aficionado al fútbol, el padre dice: «¡Calla, silencio a todos, que empieza el partido de fútbol!». Los hijos se dan cuenta de qué... cuál es... dónde tiene puesto el corazón el padre. En el fondo, cuando reza lo hace sin devoción alguna y cuando lo que le interesa, que es el fútbol o lo que fuere, allí es donde pone alma, corazón y vida. Todo eso se transmite a los hijos. Todo eso se transmite, se transmite cuál es la jerarquía de valores, qué es lo verdaderamente importante. por ejemplo, un padre materialista que solo le importa el dinero, el dinero, el dinero; al final esto lo está transmitiendo en la educación a sus hijos.

Por lo tanto, qué importante es el propio compromiso de santidad para poder educar. Y obviamente los padres, junto con ese compromiso, están llamados a luchar por las necesidades de sus hijos. Fijaros, no llenándolas de caprichos, porque esa es otra; a veces, no es una verdadera paternidad la que está inundando de caprichos a sus hijos, sino las verdaderas necesidades. Sabiendo distinguir lo que son las necesidades de lo que son los caprichos. Buscando una buena educación en la escuela, como dice aquí. Ayudándoles a discernir la vocación, el estado de vida y sobre todo, transmitiéndoles lo más sagrado. ¿Y qué es lo más sagrado? Pues la fe. Un padre cristiano, una madre cristiana, dicen: *«¿Cuál es el mayor tesoro de la vida? El mayor tesoro es Jesucristo, el mayor tesoro es el amor de Dios».* Pues yo voy a intentar transmitir esto a mis hijos. A

veces hay padres cristianos que sufren porque sus hijos no han acogido, no han querido ese testigo, ese testigo de la fe; pero, sin embargo, ellos han orado por ellos y han intentado transmitirles que la razón última de todo lo que ellos han hecho por sus hijos —sus desvelos, sus sacrificios, sus trabajos, su madrugar, su esforzarse— la razón última de todo lo que han hecho ha sido el amor de Dios, del cual ellos son testigos. Por eso, todo ese sacrificio por los hijos, todo ese empeñarse en tantos detalles, que ellos necesitan, en el fondo no es sino una expresión de: *«te transmito el mayor de los tesoros, que es el amor de Dios»*. La paternidad de Dios, de la cual yo no soy sino un pequeño signo, un pequeño sacramento de ese amor de Dios que quiere volcarse sobre ti.